

exportación. Inicialmente, un conjunto de factores determinará que las empresas cooperativas rindan utilidades y, aunque en Piura el campesinado beneficiado por la adjudicación de tierras no pasa del 25 % del total, y en el Bajo Piura se reduce a un 20 %, pudo notarse un incremento relativo de los ingresos. Sin embargo, más adelante la lógica del sistema se haría sentir. La represa de Poechos (que puede contener más allá de los 1.000 millones de metros cúbicos) y la derivación de las aguas del Chura hacia el Piura, permiten diversificar la producción agrícola del Bajo Piura: se introduce el cultivo del arroz y, con la posibilidad de una doble campaña anual, el sorgo; pero los cultivos conservan su carácter de industriales y de altamente tecnificados. El agro reformado ha heredado del anterior una estructura productiva generadora de desempleo, y pronto se hará dura realidad su potencial subordinación al comercio y a los otros sectores productivos. Pasada la época reformista del gobierno militar, estas características adquirirán mayor peso. Las cargas tributarias, los altos precios de los insumos, los bajos precios de los productos agrícolas, el crédito estatal administrado con criterios de rentabilidad financiera y, en pocas palabras, el subsidio que el agro es obligado a dar a los sectores de la industria y el comercio, colocan a las empresas en estado crítico. Los niveles de pobreza antes aludidos se agudizan, incluso en el campesinado directamente beneficiado por la Reforma. Es así que 1983, año del desastre, después de 14 años de proceso de Reforma Agraria, encuentra a la población campesina tan desguarnecida como antes: indudablemente beneficiada por la Reforma Agraria en múltiples aspectos y a pesar de poseer colectivamente la tierra, aún depende en gran medida de un salario y sus condiciones de vida no han cambiado. Básicamente sus viviendas siguen siendo las mismas, los servicios no han progresado notablemente, cultiva cerca de 95.000 hectáreas de productos agrícolas, pero, cortadas las carreteras como en 1983, no tiene con qué alimentarse. Sigue viviendo en un sistema que es ajeno.

#### **EL DESARROLLO DE LOS ACONTECIMIENTOS: SORPRESA Y PARÁLISIS**

A pesar de haberse producido en la costa peruana algunas anomalías desde octubre de 1982, Piura se verá sorprendida sólo en diciembre por las particularidades que ese año presenta la naturaleza. El Sistema Nacional de Meteorología e Hidrología anunció que la temperatura marina experimentaba variaciones de 5.4 grados sobre lo normal y, luego de pocos días, comenzó a llover en todo el departamento. Recién en ese momento se comenzó a tomar conciencia de los problemas provocados por la inadecuada limpieza de los canales, y dieron comienzo las discusiones acerca de la resistencia de las defensas del río Piura, respecto a lo cual hubo desacuerdo. A los pocos días comenzaba la catástrofe. Ocurría esto en los primeros días de diciembre (8 de diciembre para ser más precisos), pero el día 13 los periódicos anunciaban que el río Tumbes se había desbordado por su margen derecha, que el viejo puente había caído y detenía a las aguas provocando el desborde. Asimismo, la lluvia generalizada de días atrás

—aún no intensa pero caída sobre caminos carrozables sin el debido mantenimiento— mantenía aisladas a las localidades serranas. Cuando la ciudad de Piura comenzó a mirar hacia sus zonas bajas, aquellas por las que se salió el río en 1972, lo hacía con noticias graves que alarmaban el litoral con marejadas en diversos lugares. Sólo tres días después del desborde del río Tumbes —lo que volvería a suceder casi inmediatamente— el Alto Piura vio bajar caudaloso al Piura después de 10 años de sequía. Poechos almacenaba ya en ese momento 350 millones de metros cúbicos. Se señaló entonces que para el 31 de diciembre podría llegar a los 450, pero sólo el día 22 ya contaba con 410 y al día siguiente con 500. El 24 de diciembre, durante la Nochebuena, el caudal del río Piura ascendió a la altura de la ciudad. El 29 estaba ya inundando terrenos agrícolas del Bajo Piura y en los canales principales comenzaban a detectarse fugas de agua y a fin de mes —con Poechos registrando 600 millones— el río amenazaba la carretera Panamericana. Uno de sus puentes, justamente el que une la ciudad con el Bajo Piura, peligraba.

Sin embargo, a pesar de todo esto, la ciudad capital del departamento no parecía tomar conciencia de lo que estaba ocurriendo. El 4 de enero se rompió el canal Quiroz, que conduce el agua de ese río a la otra represa importante del departamento (San Lorenzo), y la sierra —donde las lluvias ya eran torrenciales— se encontró aislada. Pocos días después, con las primeras lluvias intensas en la ciudad, comenzaron a desplomarse las primeras casas en los barrios populares más antiguos de la ciudad y tres días después, 3 mil pobladores de pueblos jóvenes de Sullana amanecieron sin hogar después de una lluvia que duró toda la noche.<sup>12</sup> El 8 de enero el departamento de Piura fue declarado en emergencia por el Gobierno Central. Sin embargo, la existencia del Comité Departamental de Defensa Civil, que reunía a las principales autoridades del departamento bajo la presidencia del prefecto o representante de la presidencia de la República en un departamento y que se había reunido ya varias veces, era más bien nominal: no contaba con recursos y tampoco era aceptado por todos sus integrantes como el organismo llamado a centralizar la acción. Pero eso no detuvo los acontecimientos y a sólo 10 días de iniciado el año Piura se encontraba con el agua potable y la energía eléctrica racionada. Igual irá ocurriendo con los demás servicios.

El mismo día 10 se anunció la rotura del oleoducto nor-peruano que lleva a Bayovar el petróleo de la Selva. Y mientras en Piura ya se racionaban los servicios aludidos, la represa de Poechos siguió recibiendo agua: ahora almacena 660 millones y las lluvias no cesan.

En el campo no se han producido todavía las principales inundaciones; no obstante, las pérdidas comienzan a evaluarse rápidamente en miles de millones de soles. Al Chira, por ejemplo, a los mismos 10 días de enero, corresponden ya 1.134 millones. Siguen destruyéndose los canales troncales de riego en los distintos valles. Luego se suman las quebradas que comienzan a descender cortando las carreteras. Ello supondrá escasez de alimentos en un momento en que los pueblos jóvenes de las ciudades principales y los caseríos en el campo,

<sup>12</sup> Pueblos Jóvenes: denominación que se usa para las poblaciones urbano-marginales en el Perú a partir de los primeros años del '70.

están recibiendo lluvias para las que no están preparados. Las lluvias, en sólo una semana, superan los 142 mm en una zona en que el promedio de precipitaciones es de 45 mm anuales. Las lagunas comienzan a dominar el paisaje de ciudades y poblaciones. Tumbes, la capital del departamento fronterizo del Norte, se encuentra ahora aislada. Y antes de terminar el mes, los 600 millones de soles que anuncia el gobierno como ayuda para Piura, y los 300 para Tumbes, parecen ya irrisorios.

En pocos días todo tenía el aspecto de haber quedado fuera de control. En el valle del Chira se han inundado 5.400 hectáreas, el Eje Paita-Talara de agua potable se rompe: dos ciudades de aproximadamente 25.000 habitantes la primera y de 50.000 la segunda quedan sin agua. Desde ese momento hasta varios meses después deberán abastecerse, con severas restricciones, con camiones-cisternas dependientes de carreteras cortadas. Aguas Verdes, la población fronteriza del departamento de Tumbes, prácticamente desaparece bajo las aguas del río Zarumilla. Mientras tanto, en Piura se acaban los alimentos y las poblaciones populares —ante la especulación y los precios incontrolados— dependen de una ayuda gubernamental que no llega. En pocos días todo se irá agravando, cuando los puentes de la Panamericana Norte, carretera por la que se trae el combustible de la Refinería de Talara hacia Sullana y Piura, se inutilizarán. Comenzó a anunciarse la paralización de la actividad industrial.

La cuerda comenzó a romperse por el lado más débil, y más precioso: deshidratación infantil, enfermedades broncopulmonares, enfermedades intestinales desesperan a los padres que comienzan a ver morir a sus hijos. Naturalmente, los pueblos jóvenes y los caseríos son los primeros en experimentarlo con sus propios hijos.

El drama llegó también a otros sectores: urbanizaciones modernas, levantadas sobre zonas bajas que los viejos ahora recuerdan, se convirtieron en grandes lagunas en el año 1925, urbanizaciones para las cuales el control estatal de vivienda no previó ningún desague pluvial, resultaron inundadas hasta la altura de la primera planta.

El tránsito vehicular entre las dos zonas de la ciudad en que la divide el río comenzó a restringirse ante la situación de los puentes.

Hacia fines de enero lo más temido ocurrió: la comunicación terrestre con el centro de hidrocarburos fue cortada por una quebrada que se hizo río. Piura comenzó la cuenta regresiva de los días que le faltaban para quedar sin combustible y, luego, sin energía eléctrica ni agua potable.

En Sullana, ya en gran medida aislada, una quebrada baja a través de una zona nueva de la ciudad. Urbanizaciones enteras de sectores medios y populares habían sido levantadas sobre el lecho de una quebrada que también el control público olvidó. Los puertos soportaban continuas marejadas con la consiguiente destrucción de instalaciones y embarcaciones (al final del período lluvioso serían 214 las embarcaciones afectadas), el río Piura barría con parte de construcciones de la ciudad que le ganaron terreno a su cauce. Al terminar enero, la quebrada de Sullana ha destruido 1.200 viviendas. Han sido dos meses de lluvias intensas pero faltan aún cinco más largos y fuertes. De la esperanza fácil, la población inició el recorrido de un largo camino

en que la sostendrá una inexplicable resignación en medio de una parálisis casi total, sólo interrumpida por momentos.

Los meses siguientes se caracterizaron por el agravamiento del fenómeno y la inacción gubernamental frente a sus efectos. Pero fueron también los meses de la cruda aparición de las epidemias. Se sucedieron las visitas de inspección de comitivas del Gobierno Central compuestas por ministros del Estado, pero su acción no pasó de la promesa de "informar con veracidad", o de otras cuyas realizaciones nunca se concretaron. El gobierno aprobó una serie de partidas, pero no llegaron a ejecutarse. Esto podrá comprobarse más tarde cuando, a dos meses de terminadas las lluvias, la Corporación de Desarrollo de Piura aún se quejaba de no haber recibido más que el 1.4 % de lo estimado necesario por el Instituto Nacional de Planificación para la reconstrucción. Mientras tanto las lluvias seguían sucediéndose y se caían más casas y más poblaciones eran azotadas por plagas y epidemias.

En febrero el Ministerio de Salud envió medicinas por un valor de 200 millones de soles, que rápidamente resultaron insuficientes. Por lo demás, una inadecuada estructura de salud a nivel departamental impidió el servicio en las zonas más necesitadas. Las comunicaciones interrumpidas, por otro lado, dificultaban aún más las acciones. De hecho, ya por entonces las compañías de aviación comenzaron a restringir sus vuelos por problemas de clima y por el deterioro de los aeropuertos. Intentos de puentes marítimos con Tumbes fracasaron, no tanto por las condiciones del mar —que en otros casos serían determinantes al punto de hacer encallar a los barcos— sino por la descoordinación de las autoridades: según informes periodísticos las autoridades de una provincia del litoral se negaron a descargar el combustible porque el mismo estaba destinado a otra ciudad.

Mientras tanto, los problemas también se agravan en otro sentido. Las defensas de los ríos se estaban debilitando y las crecidas eran cada vez más altas: el 25 de marzo el río Piura trae 2.600.000 litros por segundo, que se eleva a 3.000.000 el día 26. Por otro lado la sierra había perdido todo contacto con la capital del departamento, la mayor parte de sus caseríos estaban aislados, sin alimentos ni medicinas. Cuando se intentó la creación de una comisión logística para coordinar efectivamente con el Comité de Emergencia la acción de defensa, no se contó con ayuda para enviarlo a las zonas más afectadas. Los precios seguían subiendo en forma exorbitante en las ciudades principales: los productos básicos llegaron a venderse a 5 ó 6 veces su precio. La mayor parte de las redes de alcantarillado estaban destruidas y en Piura, por ejemplo, sobre todo en los barrios marginales, los desagües debían ser canalizados a través de zanjas que corrían por las pistas destruidas.

En ese contexto nació el primer Frente Cívico de Defensa y Desarrollo de Piura. Sin embargo, discrepancias políticas rápidamente lo quebraron. Esta institución experimentó un largo recorrido de marchas y contramarchas que, junto a logros históricos (en este año el Frente logró el Canon Petrolero del 10 % de la Producción Bruta para el departamento), revelará los conflictos de la estructuración social piurana. La ayuda internacional comenzaba a llegar, pero la inexistencia de órganos representativos y adecuados capaces de coor-

dinar la distribución de la ayuda, en pocas palabras, la desorganización de los propios demandantes —el departamento de Piura— impidió que la misma creciera a la altura de las circunstancias.

Cabe aquí destacar un hecho de significado revelador. Ya en febrero se producían brotes de malaria en el Bajo Piura. El paludismo con su rápida transmisión no se haría esperar. Sin embargo, organismos oficiales sin capacidad de reacción, sin los implementos necesarios para contrarrestar las epidemias y un Gobierno Central deseoso de justificarse a toda costa, convertían a los temerosos funcionarios en instrumento de su política de avestruz. Así, se ocultaba a la opinión pública del país el elevado número de casos positivos de paludismo en aras de la estabilidad que sostiene la ignorancia. Si no había enfermedad, nadie —más que los afectados— palparía la incapacidad de estos organismos. Desgraciadamente, también se silenciaba la voz de alarma necesaria para lograr ayuda internacional que, es conocido, tiene especial interés en contrarrestar una enfermedad que se considera debe estar extinguida en el mundo. Así, negada la realidad, los casos siguieron creciendo y se llegó a mayo con cifras —conservadoras— del orden de los 1.000 casos para el departamento, especialmente en el Bajo Piura.

La ayuda internacional comenzó a dirigirse más específicamente a las entidades privadas de promoción y ayuda. De hecho, la Cruz Roja era la única que llegaba a los poblados de la sierra. Centros de investigación y promoción dirigieron todos sus recursos para organizar a la población con el objeto de que ésta pueda recibir la ayuda y la Iglesia Católica era constantemente solicitada porque ofrecía garantías de que la ayuda habría de llegar a su destino. Sin embargo, las entidades privadas se encontraban frente a un desastre que superaba sus posibilidades y con un Estado que, sin lazos orgánicos con la población, dependía de un Gobierno Central que prefería ocultar al resto del país lo que ocurría en el Norte antes que reconocer su falta de capacidad en la emergencia. Poco a poco la población fue perdiendo la fe, esa fe que es base de cualquier movilización.

Pero durante el tercer y cuarto mes, decíamos, aparecen las epidemias y las plagas. Las lluvias, las lagunas estancadas, la basura pudriéndose al sol, los desagües a flor de tierra en las ciudades, no eran espectáculos inofensivos, sino focos infecciosos, criaderos de moscas y zancudos, vectores de enfermedades que, frente a una población en condiciones de hacinamiento y subalimentación crónica, elevaba las tasas de mortandad a cifras exorbitantes.

De este modo, si en el año anterior morían en un caserío aproximadamente 7 niños al año, ahora en sólo los primeros tres meses ya habían muerto 14. En algunos caseríos de 1.000 habitantes murieron en un sólo mes entre 6 y 8 niños. Sin asistencia médica, sin medicamentos, las poblaciones estaban a merced de procesos de insalubridad y morbilidad ante los cuales ni siquiera había una alimentación mínima para contraponer. Enfermedades como la tifoidea, hepatitis e infecciones intestinales —transmitidas con el agua— y otras transmitidas por vía respiratoria como el sarampión, la varicela o la gripe, se extendieron como plagas dando pie a las cifras de mortandad antes aludidas. Ninguna de estas enfermedades, en situaciones normales, suelen dar lugar a la muerte.

En cuanto a la agricultura, para ese entonces buena parte de los cultivos se habían perdido, sea por las inundaciones de los ríos que rebasaron las defensas o por las precipitaciones pluviales que no tuvieron el drenaje oportuno y eficiente. El cultivo más afectado por su superficie cultivada fue el algodón: de las 20.181 hectáreas instaladas sólo quedaban, en mayo, un 24 %. Algo similar ocurrió, sin embargo, con el conjunto de los cultivos: de 111.974 hectáreas programadas sólo se logró instalar un 53 % (59.740 ha), y de la superficie que llegó a sembrarse se perdió más del 40 %. Esto determinó una desocupación generalizada en el campo que agravó la situación, pues buena parte de la población no percibió ningún ingreso durante los meses de la emergencia.

La industria se hallaba también casi paralizada a causa de la escasez de materia prima, daños en la infraestructura y carencia de energía eléctrica. Y con la carretera panamericana cortada en más de 10 tramos, el intercambio comercial también se hallaba virtualmente paralizado. A la parálisis de la agricultura y la industria se sumaba también la ausencia total de ingresos de las personas que subsistían gracias a actividades informales e independientes, ese conjunto de la población inadecuadamente empleado que se mencionó líneas arriba.

## LOS EFECTOS

### *Cuantificación de los daños*

El Instituto Nacional de Planificación determinó los daños en Piura en 750.586 millones de soles, distribuidos en 314.044 millones en pérdidas de producción (41 % del total) y 436.542 millones en pérdidas de infraestructura. (58.2 % del total). Sin embargo, como los mismos autores de la evaluación expresan, estas cifras se refieren únicamente a los "principales daños". No se consideran un conjunto de efectos secundarios pero de primera importancia que podrían analizarse sector por sector: tierras erosionadas por efecto de las lluvias y menor rendimiento técnico en los cultivos no directamente afectados, disminución de recursos hidrobiológicos para la actividad pesquera, reducción de los flujos de carga y tránsito vehicular, reducción de la actividad hotelera, diversos daños asumidos por los gobiernos locales, etc., etc. Para la misma fecha en que se publicaba esa evaluación, el presidente del Banco Central de Reserva estimaba, en información periódica, que las pérdidas producidas como efecto de desastres naturales en el Norte, Centro y Sur del país, ascendían a 1 billón 400 mil millones de soles, suma que equivalía aproximadamente a 1.000 millones de dólares. En ese estimado, a Piura le correspondía más de la mitad del monto total a nivel nacional, lo que significa una cifra no menor a los 500 millones de dólares y superior en casi un 25 % a la dada por la anterior evaluación en soles.

Estas cifras pueden indicarnos la magnitud de los daños, pero interesa destacar al mismo tiempo que los daños no pueden ser reducidos a los efectos directos y que, por otro lado, éstos deben ser ubicados en sus contextos más concretos. En el caso del agro, por ejemplo, los daños no se redujeron a lo producido por el agua sobre

la tierra, a las hectáreas dejadas de cultivar, a las hectáreas perdidas o, incluso, a los salarios dejados de percibir. Las empresas agrícolas salieron del desastre cargadas de deudas, con maquinaria perdida o semidestruida que debían reponer; en muchos casos la situación obligaba a comenzar de cero, pero la banca agraria estatal condonó sus deudas sólo a aquellos cuyas tierras se las había llevado el río. Hubo un desastre en lo financiero que también fue parte del trastorno. Como decía un dirigente campesino en repetidas ocasiones: "Si yo soy transportista, paso por un puente, se cae el puente y mi carro se lo lleva el río... Viene el Estado, reconstruye el puente y me dice: ya te hice el puente, ahora ¡a trabajar! ¿De qué me sirve el puente si ya no tengo carro para transitar por él? Igual es con los canales, no se trata sólo de rehabilitar canales, hay que rehabilitar la economía de las empresas."

Por otro lado, desde el punto de vista estrictamente económico, el sector hidrocarburos fue el más afectado. Vio paralizada su actividad en un 87 % y de hecho su paralización afectó a otros sectores del departamento. Este sector, por lo demás, junto con el industrial, producían el 38.8 % del PBI departamental pero, al ocupar sólo el 11 % de la PEA, los efectos sobre él no significaron la principal fuente de daños durante la emergencia. El mayor impacto se produjo justamente en la agricultura, que ocupaba cerca del 50 % de la PEA y de cuya actividad dependían en gran parte la industria y el comercio. En ese sentido, mientras en las cifras los soles parecen valer igual en cualquier sector, en la realidad un sol perdido en agricultura significará más que en otros: aquí afectará a un conjunto poblacional mayor y traerá consecuencias sobre una población de por sí ya pauperizada. Pero en ese sentido también hay otros datos que nos ayudarán a dimensionar los efectos de las lluvias e inundaciones. Son aquellos que nos remiten a las condiciones de vida reales en que vivió la población durante aquellos meses.

### *Ocupación*

De las 301.015 personas económicamente activas, 176.503 —es decir, el 58.63 %— perdieron su trabajo durante la emergencia. Esto sin contar la masa de desocupados. Si asumimos que cada trabajador es sostén de 4 a 5 personas, la población directa e indirectamente afectada alcanzó a cerca de 900.000 personas, de una población total de 1.125.000 habitantes.

La población campesina fue la más afectada. Se calcula que el número de desocupados ascendió a 74.220, de una población campesina del orden de los 371.100 personas.

### *Salud y mortandad*

La emergencia encontró a la población en una precaria condición de salud: una deficiente cobertura de los servicios de salud no era sino expresión del mismo hecho que genera deficiencias de saneamiento ambiental, situación de hacinamiento, desnutrición, etc. Las

lluvias no inician sino aceleran los procesos mórbidos ya instalados y éstos son elevados a su máxima expresión. No de otra manera puede explicarse que, durante la emergencia, se estimaba que en la zona periférica de Piura, pueblos jóvenes y campo, el 70 % de la población tenía problemas de salud. Aún más, en algunas zonas se estimaba que la proporción alcanzaba al 80 %. Y sólo en ese contexto se explica la mortalidad que se produjo durante los meses de lluvias. Si para los meses de enero a marzo, en 1981, hubo en Piura 555 muertes, durante el año 83 se produjeron en el mismo período 1.188 muertes, con un crecimiento del 46.72 %. En el campo, la mortalidad cobró características aún mayores, especialmente en la infantil. Los datos para algunos caseríos durante el período enero-abril de ese año nos dan una idea, aunque sólo numérica, bastante significativa:

Tasa de mortalidad infantil:

- Caserío Narihualá (aproximadamente a 12 km de la capital departamental): 321.4 %.
- Caserío Paredones (a algo más de 14 km): 153 %.
- Caserío Chaquira (a distancia similar del anterior): 272 %.<sup>13</sup>

#### *Vivienda*

De acuerdo a informes del Instituto Nacional de Estadísticas - Oficina de Piura, más del 50 % de las viviendas del departamento sufrieron destrucción parcial y/o total. Sólo en Piura hubo 17.500 familias afectadas, de las cuales 92.7 % eran damnificadas.

A ello deben sumarse los daños producidos en las redes de agua potable y alcantarillado, calles y veredas. En Piura, por ejemplo, quedaron deteriorados más de 14 km de tubería en el sistema de alcantarillado y 50 km de calles pavimentadas. De estas últimas fueron pocas las que se salvaron después de 7 meses de precipitaciones y acumulación constante de aguas y desagüe.

Respecto a las ciudades cabe destacar que fueron justamente sus zonas centrales y más antiguas las que mejor soportaron las lluvias y paradójicamente las zonas más modernas, las pistas de más reciente construcción, las que más sufrieron. Eso indica hasta qué punto fue la imprevisión actual la que generó gran parte de los efectos desastrosos.

#### **A MODO DE CONCLUSIÓN: INORGANICIDAD SOCIAL, EL FRENTE CÍVICO Y EL FUTURO DEL DEPARTAMENTO**

Los tópicos hasta aquí tratados son muchos. Pero quisiéramos destacar uno de ellos a modo de conclusión. Se trata de la inorganicidad de la respuesta frente a los sucesos del desastre. En efecto, de los datos anteriormente expuestos, especialmente los referentes a

<sup>13</sup> Datos obtenidos del Programa de Salud de la Comunidad Campesina "San Juan de Catacaos-Cipca.

los daños, puede concluirse que no hubo ningún sector, en la práctica ninguna familia piurana, que no se viera afectada de modo importante durante la emergencia. Sin embargo, puede afirmarse, también en términos generales, que no hubo una respuesta organizativa o política que correspondiera a esa realidad. El Frente Cívico formado a escasos dos meses de iniciada la emergencia es quizá la excepción más importante. Allí confluyeron la casi totalidad de los sectores económicos y sociales afectados del departamento; en él confluyeron industriales, comerciantes, pueblos jóvenes, capas medias urbanas, campesinado y movimiento obrero. En ese sentido, era la respuesta a la que aludíamos. Sin embargo, este Frente tuvo una existencia entrecortada, de marchas y contramarchas, de cambios, de avances y retrocesos, cuyo análisis más detenido nos permitirá visualizar un problema de fondo que la experiencia del desastre puso de manifiesto.

Iniciada la emergencia, se hizo palpable en Piura la inexistencia de una institucionalidad capaz de incorporar al conjunto de la sociedad piurana en una respuesta a la crisis. Dos elementos caracterizaban la situación: por un lado, la ausencia de un órgano rector en el aparato estatal que organice o articule la acción de las distintas dependencias del Estado y, por otro, la ausencia de canales entre esta estructura estatal u oficial y la población.

En cuanto a lo primero, esto podía verse por el conflicto de competencias que se desató entre los distintos poderes locales tanto en el interior del Poder Ejecutivo (Prefectura, Corporación de Desarrollo) como con el Gobierno Municipal. De hecho ocurrió, en algunos casos, que la emergencia fue concebida más como una oportunidad de consolidar liderazgos que como una crisis común a enfrentar, y, sobre todo, que la situación agudizaba conflictos entre grupos y representaciones, conflictos sobre quién debía administrar los recursos locales, etc. En el caso de Piura, ello implicó una parálisis casi total en la respuesta pública a la situación de emergencia.

En este contexto nació el Frente Cívico, inicialmente liderado por uno de los sectores en conflicto, la Municipalidad. Al mismo tiempo, al tener este frente el apoyo de los distintos sectores de la población, se resolvía teóricamente el segundo problema: la existencia de un órgano que lograra articular una acción con las bases sociales, con la población.

Sin embargo, este Frente se rompió antes de terminar su primer mes de existencia. Las discrepancias existentes remiten a las divisiones profundas en la estructura social piurana pero, sobre todo, a la incomunicación entre estos sectores sociales.

Más adelante, sin embargo, al persistir la situación de inacción por parte de los organismos públicos pero sobre todo del Gobierno Central, este Frente se reconstituirá. Ya no liderado esta vez por uno de los poderes en conflicto, sino convocado directamente por el conjunto de los sectores económicos y sociales del departamento. Diríamos que la realidad "informal" pero "real" del departamento se rebeló contra la realidad "formal" y un poco "artificial" de la organización pública. En esta etapa el Frente conseguirá su logro material más importante: el Canon Petrolero para la región Piura-Tombes. No obstante, este Frente volvió a romperse cuando se produjo una respuesta selectiva por parte del Gobierno Central frente a los reclamos, escu-

chando a aquellos que interesaban a determinados sectores minoritarios (industriales y grandes comerciantes sobre todo) y desoyendo a los mayoritarios, más difíciles de atender. Es decir que el Frente, como institución informal, sin una organicidad capaz de ligar en forma permanente a los distintos sectores, no pudo superar el estrecho espacio de los intereses de grupo. Que las discrepancias y conflictos de intereses deben procesarse en una estructura de naturaleza estatal es un hecho que se hace patente ante la experiencia. El Frente no desaparecerá a partir de este segundo conflicto; se reconstituirá —y bastante sólidamente— a partir de los sectores no favorecidos que resultan indudablemente los mayoritarios, pero adquiriendo el carácter de un órgano de presión y políticamente fiscalizador de la acción estatal por parte de la mayoría poblacional más que el de expresión de la sociedad piurana en su conjunto.

Más adelante, por convocatoria de este Frente, se produjeron nuevas coincidencias en que participó el conjunto de los sectores. Es el caso del Paro Cívico total que se produjo a inicios de 1984 ante el hecho de una reconstrucción casi inexistente. Ello lleva a pensar que hay niveles de coincidencia y articulación entre los distintos sectores que se pueden dar, pero mientras estas coincidencias —como los conflictos— no son procesados en el interior de una estructura estatal local que incorpore realmente a todos los sectores, éstas no pasarán de ser coincidencias esporádicas incapaces de crear una nueva organicidad en la sociedad piurana. En ese sentido es urgente una democratización de los organismos públicos locales. Por ejemplo, en la Asamblea de la Corporación de Desarrollo que debería representar al conjunto de las “fuerzas vivas” de la región, no está presente el campesinado —o su organización representativa: la Federación Agraria Departamental—, la representación de los sectores laborales es mínima, y lo mismo ocurre con organizaciones poblacionales como la de Pueblos Jóvenes. Siendo la Corporación de Desarrollo la que realmente administra la renta local, la que programa el desarrollo y la ejecuta, la presencia de estos sectores no sólo permitiría el procesamiento institucional de intereses diversos, sino una articulación orgánica con la población mayoritaria. Una emergencia no improvisa una organicidad postergada por años. Así como en el orden del cuerpo humano sólo un organismo sano puede resistir una enfermedad, así también sólo una institucionalidad sana —es decir una que tenga en cuenta y articule todos los órganos que constituyen el cuerpo social— puede soportar y reaccionar ante una catástrofe.

#### UNA NUEVA CONCIENCIA, NUEVOS SUJETOS SOCIALES

Cabe señalar aquí algunas transformaciones producidas a otro nivel. El desastre de 1983 puso a Piura frente a esas realidades que siempre existieron pero que nunca se vieron con tanta claridad como en esos días. Queremos destacar, como ejemplo, lo que ocurrió con las capas medias urbanas. Éstas vieron sus casas, urbanizaciones enteras construidas con ahorro y sacrificio, inundarse completamente, no con las aguas del río, sino con el agua de las lluvias que no tenían por donde evacuar. Eso los ponía frente a una evidencia: los terrenos sobre los

que habían construido sus casas eran terrenos bajos para los cuales las urbanizadoras no habían previsto ningún desagüe pluvial. No había existido tampoco un Estado que velara por sus intereses y fiscalizara a esas urbanizadoras. El empleado medio descubría, trágicamente, pero con una huella difícil de borrar en su memoria, cómo su destino individual dependía y estaba ligado al de una eficiente organización política de la sociedad, cómo la honradez en el cumplimiento de las funciones públicas, la competencia de los funcionarios públicos, pero también las formas de control para garantizarlo, tenían que ver con su vida individual, con su futuro familiar. Y esa experiencia la vivió con cada uno de los servicios que fallaron: agua, desagüe, luz eléctrica, transporte urbano, calidad de pistas y veredas. Marcado por la experiencia en carne propia podrá entender ahora los reclamos de otros sectores. Los distintos sectores, convertidos en actores sociales en virtud de la conciencia de su situación, comienzan a estar en condiciones de comunicarse entre sí, de reconocer intereses propios, distintos o comunes, y de imaginar proyectos colectivos.

La confluencia en el Frente Cívico significó también una experiencia importante. El logro de algunas reivindicaciones regionales como el Canon del 10 % de la Producción Bruta del Petróleo del departamento mostró a los piuranos cómo los sujetos colectivos pueden ir más allá que los individuos y que es posible la acción común. Eso deja vislumbrar para el futuro nuevos tipos de comportamiento social que puedan acrisolar esos proyectos colectivos. La sociedad piurana ha tenido ya, por otro lado, oportunidad de reconocerse en su acción social, sabe de los efectos de la parálisis y de los efectos de la movilización, ha podido ver a los distintos sujetos actuar conforme a sus intereses, ha aprendido a reconocer y a reconocerse. El camino, indudablemente, no es de un año, ni dos. A la fecha la reconstrucción de Piura marcha lentamente y el Frente Cívico no se ha reconstituido; sin embargo, todo parece indicar que en Piura algo ha cambiado después de 1983.

*Piura, noviembre de 1984.*

## BIBLIOGRAFÍA

- Cruz Villegas, Jacobo. (1982) *Catac Caos, origen y evolución histórica de Catacaos*. Cipca, Piura. 632 págs.
- Cieza de León, Pedro. (1973) *La Crónica del Perú*. Biblioteca Peruana, ediciones Peisa, Lima. 262 págs.
- Joo Alberto y Grover Otero. *Comportamiento hidrológico de los ríos Chira y Piura durante el periodo de avenidas 1983*. INADE, Dirección Ejecutiva del Proyecto Especial Chira-Piura, Piura. 53 págs.
- Lagos Enríquez, Pablo. (1983) *El Niño: Alteración en la atmósfera y alerta en el mar*. Ponencia presentada en el Forum "El Norte y su futuro: Clima y producción", 14-16 de julio de 1983, Piura. 20 págs.
- Leguía y Martínez, Germán. (1914) *Diccionario geográfico, histórico estadístico, etc., del departamento de Piura - Volumen I*. Tipografía El Lucero, Lima. 320 págs.
- Mugica, Ramón. (1983) *El Fenómeno El Niño*, Piura, 1983. Talleres Gráficos Universidad de Piura. 52 págs.

- Perú. Instituto Nacional de Estadística. Oficina Regional de Piura. (1983) *Evaluación de los daños causados por las lluvias e inundaciones en el departamento de Piura*. Piura, octubre. 139 págs.
- Perú. Instituto Nacional de Estadística. (1982) *Censos Nacionales*, VIII de Población, III de Vivienda, julio de 1981. Resultados de Prioridad: Tomo I: Nivel Nacional. 538 págs.
- Perú. Instituto Nacional de Estadística. (1982) *Censos Nacionales*, VIII de Población, III de Vivienda, julio 1981. Resultados Definitivos, Departamento de Piura, Tomos I y II. 1.120 págs.
- Revesz, Bruno. (1983) *Desarrollo regional y desarrollo agrario: el departamento de Piura en la expectativa*. Cipca, Piura. 27 págs.
- Rubín de Celis, Enma. (1977) *Las Caps. de Piura y sus contradicciones*. Cipca, Piura, 83 págs.
- Santuc Laborde, Vicente. (1983) *Dimensiones sociales de la situación de emergencia*. Conferencia pronunciada el 20 de agosto de 1983 en la Universidad Nacional de Piura. 13 págs.